

## LA MITAD DE UN BILLETE DE VEINTE DUROS.-

La Cabiria no iba a cumplir ya más ochenta. Y nunca sabría de donde le vino el mote porque la última película que recuerda haber visto fue una que salía, guapísimo, Burt Lancaster en bañador. Y chiflaba la platea del cine Gaditano con la única secuencia en que la censura había respetado un beso con lengua. Ella era más de la copla: “En el café de Levante, entre palmas y alegrías, cantaba la zarzamora”. El Levante era ahora un local de moda en la calle Rosario, donde había más fotos de escritores que de vedettes. La Cabiria caía por allí casi todas las tardes y pedía un machaquito. Se lo tomaba de un trago, al coletito. Y pasaba las horas muertas viendo trasegar a erasmus y a perroflautas, a jipipijos y a bohemios de toda suerte, incluso algunos ya entrado en canas a los que recordaba haber desbravado en sus buenos tiempos de la Cueva del Pájaro Azul, del Salón Moderno o del Pay Pay.

Una vez vino un periodista a preguntarle por la Lirio. Ella le miró de arriba abajo y le espetó, con una cierta coquetería: “Yo ya no tengo edad, como canta María Dolores Pradera. Pero tampoco tengo siglo y medio. Cuando yo nací, la Bizcocha ya había cerrado el café, chuflo”. Ni se había mordido jamás la lengua ni había estudiado en San Felipe. Cualquiera imaginaba la retahíla de insultos y maldiciones que podía ganarse a poco que se le torciera el gesto a aquella anciana de ojos claros, que guardaba un secreto y la mitad de un billete de cien pesetas en su monedero.

La otra mitad se la puso aquella tarde encima de la mesa aquel vejestorio que trabajaba hace un mundo en el Diario y que, cuando todavía vivía Franco y no había frecuencia modulada, vino a preguntarle por la Zarzamora: “Cuéntame, Caribiria, la historia de aquella copla”. “Tú la conociste, me han dicho”. Ella se reviró y le espetó su frase favorita: “Yo no traigo ni llevo chismes. Ni soy una chivata”.

- Te pagaré veinte duros.
- Te los metes por donde meas.

Fue entonces cuando le puso el billete sobre la mesa del Café Español: “Cien pesetas. Ahí las tienes”. Ella, parsimoniosa como una estrella del Moulin Rouge, se limitó a partir a Julio Romero de Torres por la mitad. Guardó la suya y le pidió al recién llegado que hiciera lo mismo con la otra.

- Prueba a buscarme dentro de treinta años con esa contraseña. Entonces te contaré todo lo que recuerde de mi madre.